

## EL CABALLO DEL UGIER.

LEYENDA.

Severo, pero justo.  
OUDEGHERST.

Juan de Oostcamp habitaba cerca de Brujas una mansion ó castillo que desapareció del modo que se verá. El sitio que ocupaba hizo parte, un poco mas tarde, del ensanche de la ciudad.

Corría el año 1114, durante el gobierno de Baudouin, el del Hacha, príncipe valiente y muy justiciero. Aunque habia dado leyes severas contra los desafueros de los castellanos, y su menor castigo fuese aplicar la *pena del Talion*, es decir, cabeza por cabeza y miembro por miembro, como lo observa Oudegherst, habia todavía en sus dominios muchos señores que se erigían en tiranuelos. Cuando lo sabia Baudouin, ponía orden en ello. Pero estaba lejos de saberlo todo.

El señor Juan de Oostcamp oprimía á sus vasallos. Se creía muy seguro de apoyo porque tenia á su hermano Pedro entre los caballeros del conde. Era avaro, y tan malvado que nadie se atrevia á quejarse contra él. Habia comprado á un mercader al pormenor de Brujas, gran número de varas de paño y tela para las necesidades de su casa. De este modo la mitad de la fortuna del mercader al pormenor estaba en las manos del castellano, y el buen hombre no podia obtener el pago; lo cual le hacia gran estorsion en sus negocios. Este estado de cosas duraba hacia diez años, cuando en el dicho de 1114, murió el mercader. Para finiquitar lo que debia á los tejedores de la ciudad, su viuda hizo almoneda de todas sus mercancias; habia quedado con dos hijos de menor edad.

No teniendo otra cosa para vivir que su crédito contra Juan de Oostcamp, fué tres veces á casa de este señor; las tres veces la hizo poner á la puerta de su castillo.

Si hubiese sido sola, la pobre muger abatida hubiese renunciado á la esperanza de la suma que la debia Juan de Oostcamp; se hubiese puesto á trabajar en casa de algun tejedor, y se hubiese contentado con un pan ganado con su sudor. ¿Pero cómo alimentar á sus dos hijos? El amor materno la hizo arrostrar el terror que inspiraba el castellano. Hallándose en aquel momento en Brujas el conde de Flandes, Baudouin el del Hacha, fué á esperarle á la puerta de San Donato, á donde tenia costumbre de oír misa. Arrojóse á sus plantas y le espuso sus penas. Baudouin al escuchar esta relacion, llevó maquinalmente la mano á su terrible hacha; luego, reflexionando que no era un crimen sino una falta, se limitó á decir con bondad á la viuda:

—Enviad hoy uno de los porteros (alguaciles ó ugieres) de la justicia de Brujas al castillo de Juan de Oostcamp, y venid mañana á decirme lo que ha respondido.

La buena muger se fué, pero de todos los porteros ó avisadores judiciares establecidos en Brujas para la justicia del conde, ninguno quiso ir al castillo de Juan. La viuda del mercader volvió pues al dia siguiente á la puerta de San Donato. Repitió á Baudouin lo que pasaba.

—Así que, dijo el conde, se teme á un hombre que no teme las leyes. Yo enviaré á Ulryck ó uno de sus ministros; y veremos lo que responde el desleal. Esplicadle vuestro negocio, pobre muger.

SEGUNDA SERIE.—1858.

El noble conde dijo dos palabras á un hombrecillo de su comitiva, y se entró en la iglesia.

El hombrecillo se aproximó á la viuda, era un flamenco sosegado y bondadoso, de estatura menos que mediana, de tez pálida pero animada, y cuyos rasgos llenos de bondad se enaltecian por una mirada viva é inteligente. Bajo el título de ministro ó sargento, estaba encargado de las órdenes rigurosas del conde, como los que se llamaban tambien bedeles; estos son los ugieres de hoy. Esta profesion era poco compatible con su carácter; pero así se encontraba colocado.

—¿Ese hombre rehusa, pues, pagaros? dijo con bondad á la buena muger.

—Si señor, respondió la viuda; y ninguno de los avisadores de Brujas quiere llevarle una papeleta.

—Yo iré, yo, replicó el hombrecillo.

La muger reconocida levantó los ojos hácia Ulryck y le encontró simpático.

—Débil y bueno como pareéis ser, señor, ¿no teméis á monseñor Juan de Oostcamp? es un castellano temible.

—¡Oh! nada puedo yo temer, dijo Ulryck; llevo la vara del leon; el hacha del poderoso conde está bordada sobre mi manga, me debe respeto como á un oficial de su soberano. Volved á vuestra habitacion, buena muger. Despues de la Santa misa, yo haré vuestro mensaje de justicia, y en tres horas á lo mas os daré buena cuenta.

La viuda dió gracias á Ulryck, y se retiró con el corazón oprimido sin poder darse razon de lo que experimentaba.

Al punto que oyó la misa, se apresuró Ulryck á volver al castillo de los condes; se dirigió hácia la caballeriza, ensilló su caballito, cogió su vara de ébano, al remate de la cual habia un leon de plata, y se puso en camino para el castillo de Juan de Oostcamp.

Los caballos de buena raza tienen ordinariamente una cualidad que se ha convenido en llamar instinto, y que á las veces vale mas que nuestra inteligencia. Un caballo se detiene á la entrada de un bosque infestado de lobos; nada le decidirá á atravesar un matorral donde olfatea la presencia del tigre. Mim (este era el nombre del caballito de Ulryck), poseia de una manera especial el instinto de que hablamos; el pobre animal parecia prever el peligro, si no por él al menos por su amo. Jamás el ugier le habia podido decidir á marchar en una batalla. Era un caballito á quien no agradaba el peligro, pero que amaba mucho á Ulryck. Su amo le pagaba bien su afecto; él mismo cuidaba á Mim por mañana y noche, le daba la comida, acomodaba su cama de paja, le limpiaba; y la bestia, acostumbrada al hombre, le reconocia de lejos, le saludaba con sus relinchos, volvía la cabeza para verle, bajaba tristemente las orejas cuando se alejaba. Si el ugier estaba ausente y una mano estraña iba en su lugar á llevar el heno ó la avena, el caballo parecia afligido y no comia. Nadie mas que su amo le montaba.

Mim tenia algunas veces caprichos inexplicables; así tomaba un camino con preferencia á otros, y frecuentemente obligaba al ugier á rodear una legua. Ulryck, que jamás habia podido vencer en este punto la obstinacion de su caballito, habia concluido por dejarle libre. Mim sabe lo que se hace, decia: si me conduce por el camino de la derecha, que es el mas largo y aumenta su fatiga y su trabajo, es que presiente algun peligro en el camino de la izquierda.

AÑO XVI. 44.



Sin embargo, cuando lo exigía el deber, Ulryck tenía un medio de vencer la pertinacia de Mim, se apeaba, dejaba su caballo y marchaba á pie. El pobre animal jamás dejaba de seguir á su amo, como si fuera un perro. Si un obstáculo le separaba de él, así que podía escaparse, sabía reunirse y encontrarle aun en medio de la multitud; si Ulryck hacia una escursión sin su caballo y abrian la caballeriza en su ausencia, Mim tomaba la carrera y seguía la pista del ugie hasta una media legua de Brujas.

Las expediciones del ministro no se extendían mas lejos. Todo el mundo conocía en la ciudad el caballito; todos podían aproximarsele; pero no se dejaba coger ni montar por nadie.

Mencionamos todos estos detalles porque son singulares. Añadamos una observación que había hecho el ugie frecuentemente; en todas las ocasiones en que el fiel Mim había rehusado pasar adelante, Ulryck había encontrado peligros. En un combate contra un barón rebelde, habiendo avanzado Ulryck á pie porque su caballo se paraba, había recibido una profunda herida. Se citaban otros muchos ejemplos.

En el asunto que nos ocupa al presente, se mostraba Mim mas receloso que nunca; se iba á derecha é izquierda por las calles de Brujas; cuando fué preciso, al salir de la ciudad, seguir el camino de Juan de Oostcamp, el caballito hizo alto tan decidido á no pasar mas adelante, que Ulryck se incomodó al cabo. No tenía espuelas porque eran entonces la señal distintiva de los caballeros. Pero aunque las hubiera llevado no se hubiera servido de ellas con Mim. Le habló con una voz amenazadora, y el caballo bajó la cabeza; le dió un golpe con la vara de ébano; luego sintió haber dado este golpe: Mim bajó la cabeza mas, pero no por eso dió un paso.

—Mim, dijo hablando al animal en voz baja como si pudiese comprenderle, marchamos por orden de monseñor el conde de Flandes, y llevamos la vara negra con león de plata; se nos respetará.

Mim por toda respuesta, se volvió hacia la ciudad que acababa de dejar.

—Es pasilámine alguna vez, dijo el ugie; lo que haces Mim, denota poco corazon. Estamos bajo la salvaguardia de Baudouin el del Hacha.

Al decir estas palabras, echó Ulryck pie á tierra.

—Vete si tienes miedo, mi pobre Mim, dijo á su caballo; por mí, debo hacer mi deber.

Y marchó.

Mim le siguió con la mirada triste y la cabeza inclinada hasta el suelo. Al llegar á la puerta del castillo, cuyo rastrillo estaba echado, Ulryck tocó una pequeña bocina atada á un poste.

—¿Quién sois? dijo un hombre de armas presentándose.

—Un oficial de monseñor Baudouin el del Hacha, el temido conde de Flandes.

Al cabo de un instante se levantó el rastrillo.

Ulryck había entrado en el castillo seguido de Mim. Al penetrar en el patio estrecho y rodeado de altas murallas, hubiera podido creerse en una prision ó en una caverna de bandidos. El hombre de armas ó el criado que había levantado el rastrillo le condujo al gran salon donde se hallaba Juan de Oostcamp. Era una habitación de cuarenta pies de larga por veinte y cinco de ancha, que no tenía por cubier-

ta otra cosa que un techo compuesto de grandes tejas sobre un tosco armazon. Una maciza mesa ocupaba el medio. Al rededor había bancos de pino. Las paredes de ladrillo al descubierto estaban tapizadas de armas, redes y pieles de lobos. Una armadura de caballero toda de acero se levantaba en un extremo sobre un grosero estrado, sostenida por un maniquí de madera. En el otro extremo y ante una vasta chimenea donde ardía un tronco de árbol, estaba sentado sobre un escabel de madera pintada de negro, Juan de Oostcamp rodeado de tres de sus servidores. Tenía un gorro de piel de liebre, un colete con mangas y calzon de grueso paño verde de Brujas, zapatillas negras en los pies y como sobre todo un saco ó blusa de lana roja, ceñida por un cinturón negro, del cual pendía á la derecha un gran cuchillo en su vaina, y en el lado izquierdo un hacha corta pero pesada. Un jarro de cerveza y pedazos de pan con manteca estaban sobre un tajo que le servía de mesa portátil. El suelo de la habitación no estaba embalsado, sino cubierto de paja fresca. Debajo de la mesa descansaban dos grandes perros que gruñeron al aproximarse Ulryck; pero que se callaron á una palabra de su amo.

La descripción que se acaba de leer puede dar idea de una mansión señorial al principio del siglo XII. El lujo traído por las cruzadas, apenas comenzaba á hacerse sentir en algunas casas privilegiadas.

Así que apareció el ugie, Juan de Oostcamp sin decir una palabra, le presentó el jarro de cerveza y un pedazo de pan. Esta era la costumbre.

—No puedo aceptar nada, señor, dijo Ulryck, antes de que mi misión sea acogida.

—Venís de parte del conde Baudouin, dijo Juan de Oostcamp, ¿qué pedís?

—He venido, replicó el ugie, como avisador público de la justicia de monseñor. No habiéndose atrevido ninguno de los bedeles de la ciudad á intervenir en vuestra deuda para con un cierto mercader de Brujas, monseñor el muy temido conde de Flandes, ha dirigido á mí la viuda del dicho mercader.

—Esas cosas, dijo bruscamente el castellano, no le importan al conde.

—Toda justicia es de su jurisdicción, señor, repitió el ugie; y por la vara del león, en nombre de Dios y de la justicia, vengo á intimaros de presente pagueis en mis manos la debida suma, ó que me sigais ante el juez de la ciudad, para ser condenado allí acerca de dicha suma y permanecer en la cárcel de la ciudad hasta que esté completamente solventada; porque tal es la ley...

Ulryck no tuvo tiempo de decir mas. El rostro del castellano se había enrojecido desde las primeras palabras de la notificación, se levantó colérico y balbuceando:

—Miserable siervo ¿Yo en prision?

Se arrojó sobre el ugie, lo echó violentamente fuera del salon, cerró la puerta, y se volvió á colocar en su escabel no habiéndose podido contener.

Ulryck, sabiendo que desempeñaba una función judicial, soportó este mal tratamiento; y no queriendo volverse sin haber llenado plenamente su encargo, metió su vara de ébano en un bolsillo de la mantilla de Mim, que le aguardaba, cogió un tintero, una pluma y una hoja de pergamino, luego escribió su notificación, porque sabía escribir; cosa rara entonces entre los ministros de justicia.



Antes de clavar la citacion en la puerta de Juan de Oostcamp, con una voz poco segura pero solemne, la leyó llamando en nombre del muy temido conde de Flandes á todos los vasallos, servidores y villanos del castillo para que prestasen fuerte apoyo á la justicia, coger el cuerpo del dicho castellano, y conducirlo á la prision de la ciudad, so pena de ser tratados como desleales y rebeldes.

En el momento en que acabó de dar aquel paso atrevido, se lanzó Juan de Oostcamp fuera de sí con el hacha en la mano; y viendo al ugiér que se disponia á fijar la cédula en su puerta, le dió un hachazo en la cabeza.

Ulryck, vaciló; pero tuvo la fuerza bastante para arrastrarse hasta su caballito, y puso su cédula manchada de sangre en la mantilla; y despues de este esfuerzo, cayó de repente y espiró.

Al ver caer al oficial del conde se contuvo el furor de Juan. Mandó á sus servidores bajar el rastrillo y conducir á Mim á su caballeriza. Pero el caballito, como si hubiese comprendido lo que pasaba, se lanzó con ímpetu y salió del castillo antes que el rastrillo hubiese vuelto á caer. Se cerraron las puertas, y para no dejar huellas del crimen que acababa de cometerse, hicieron apresuradamente los criados del castellano un foso en el que enterraron al ugiér.

Mim, sin embargo, había llegado prontamente á Brujas. Se detuvo en la ciudad ante la puerta de los condes. Baudouin comia con algunos de sus caballeros. Fueron á decirle que el caballo de Ulryck había vuelto solo, llevando en su mantilla la vara de ébano y un pergamino ensangrentado. El conde de Flandes alarmado cogió la cédula; esperando encontrar á Ulryck solamente herido, montó á caballo con sus señores y corrió por el camino del castillo de Juan de Oostcamp. Mim de quien nadie se ocupaba, siguió el acompañamiento sin que nadie fijase en él la atencion, tan absorto iba Baudouin en la suerte de su ministro.

No hacía dos horas que el asesinato había sido consumado, cuando el conde de Flandes apareció á la puerta del castillo. Levantóse el rastrillo; todas las huellas del crimen habían desaparecido. Juan Oostcamp que había previsto esta visita, se había preparado á ella; su semblante estaba sereno.

—Vengo, dijo severamente Baudouin, á pedirlos á Ulryck, mi ministro de justicia.

—Nadie ha venido aquí, monseñor, dijo desvergonzadamente el castellano; y vuestros caballeros pueden visitar todo el castillo.

—¿Cómo? exclamó el conde, ¿Ulryck no ha venido á traernos esta cédula, castellano desleal, á intimaros la restitution de lo que pertenece á la viuda?

Juan tomó friamente el pergamino y viéndole manchado de sangre:

—En efecto, esta cédula me estaba destinada, dijo con calma. Pero ya lo veis, monseñor, está ensangrentada. Es probable que el pobre Ulryck haya sido asesinado en su camino.

—¿Y quién se hubiera atrevido á ello sino tú? replicó Baudouin, llevaba la vara del leon; estaba bajo mi salvaguardia. Caballeros, visitad el castillo; interrogad á los criados y á las gentes de las cercanías.

Mientras que la comitiva del conde de Flandes ejecutaba sus órdenes, Juan de Oostcamp permanecía ante su soberano, y continuaba escusándose, protestando que iba al fin á pagar á la viuda, y hablando con tanta seguridad, que Bau-

douin comenzó á creerle inocente. Esta presuncion se convirtió casi en certidumbre cuando volvieron á aparecer los caballeros sin haber sabido nada ni descubierto cosa alguna.

Baudouin, inquieto con una maldad cuya huella perdía, iba á retirarse. Echó sobre Juan de Oostcamp una última mirada investigadora; vió que el castellano cambió de fisonomía, que una palidez mortal cubria sus facciones, y que no podia apartar su vista del ángulo mas retirado del patio. El mismo Baudouin dirigió allí su vista, descubrió á Mim á quien creía en Brujas ocupado en escarbar con sus manos tierra recientemente removida. Se aproxima, vé gruesas lágrimas en los ojos del caballito; hace levantar la tierra de la fosa y se descubre el cadáver de Ulryck. Viéndose descubierto Juan de Oostcamp, había intentado escaparse. Los caballeros del conde le detuvieron. Cayó de rodillas y pidió perdon. Pero la justicia de Baudouin el del Hacha era inexorable. Hizo conducir al castellano fuera del castillo, y allí en el camino público, que es terreno del soberano, le condenó á morir. Despues cogiendo la brida del caballito, le dijo:

—Consuélate, mi pobre Mim, tú eres quien vengarás á tu amo. Dos caballeros, comprendiendo rápidamente la voluntad del conde. Quitaron á Juan su hacha y su puñal, otros dos le ataron las piernas y las manos; despues de lo que le ataron por los pies á la cola del caballito, que se puso á cocear por la primera vez de su vida, y que lanzándose entre espinos y matorrales, hizo pedazos al asesino de su amo, y por la noche volvió á la ciudad, no llevando otra cosa que repugnantes girones. El castillo fué demolido por orden del conde, la deuda de la viuda fué pagada, y se instituyó una misa por cien años á San Donato, por el descanso del alma de Ulryck.

Baudouin había recibido al caballito en sus caballerizas, donde queria que se le tratara bien y con poco servicio; pero las fatigas de la víspera le habían destruido y al dia siguiente se le encontró muerto.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

## EL CASTAÑO DE ROBINSON.

El camino de hierro de París á Sceaux se desarrolla y serpentea cual un riachuelo entre dos orillas de verdor y en medio de ramas de árboles. En media hora os transportades de el jardin de Luxemburgo al parque de Pentievre. El domingo en cuanto se llega á su desembarcadero frente á frente de la linda iglesia de Sceaux, donde está el sepulcro de Florian, se ve uno asaltado por una porcion de hombres con látigo en mano, que gritan á voz en cuello:

—¡Robinson! ¡Robinson! ¡Robinson!

Para el extranjero que visita por primera vez aquella comarca, y aun para los parisienses que no han estado nunca allí, presenta un singular aspecto semejante acogida.

Cede uno á la curiosidad de lo que con tantas voces le anuncian, y se deja conducir por uno de aquellos hombres





Robinson y el caserío de Saint Eloy.—Aldea de Sceaux.

á un vehículo, semi-berlina, semi-birlocho, en donde apenas toma un asiento, ¡jarre! y ya está hecha la carrera.

En el parque en donde se para y se apea uno, todavía se

ven las últimas casas de Sceaux y se halla sobre las márgenes del bosque de Aunay al pie del arenal. Allí nada tiene de agradable la sorpresa: se encuentra uno rodeado de ven-



torrillos de madera y adoves, tabernas en donde están echados en las mesas de codos los bebedores, tiros de gallos y figones donde frien costillas de caballo, columpios, caballitos de madera para juegos de sortija, organillos de Berbería, mucho borracho y mucho mendigo. Si no estuviese uno bajo la cúpula verde de los castaños y de las acacias, tal vez se creería en alguno de los barrios de las barreras de París de donde se había salido. Entretanto una bandera que flota en



Aldea de Seeaux.—El castaño de Robinson

la cumbre de un árbol elevado atrae las miradas y sobre una puerta rústica artísticamente formada, compuesta de ramas secas entrelazadas se lee esta palabra cabalística:  
¡Robinson!

Es que habrá cerca de uno un lago, un estanque, una isla, ó una cabaña solitaria que justifique este nombre.

Todo menos eso. Está uno en tierra firme; en una especie de jardín sin flores, lleno de mesitas de madera para



los que teniendo hambre y sed llevan en el bolsillo con que pagar su escote.

La maravilla que da su nombre á este *restaurant* y jardín, tan estremadamente célebre y renombrado, es un castaño de una dimension notabilísima, cuyas robustas ramas sostienen dos tablas con una balastrada, sobrepuestas la una á la otra como si fueran dos pisos. Allí hay algunas mesas en cada uno de aquellos comedores aéreos, á los que se sube por una escalera ancha sólidamente apoyada sobre los costados del coloso. Allí se sirve bien ó mal, y de bajo á alto, por medio de anchos cestos sujetos con cuerdas, y de los que se tira por unas poleas.

A decir verdad, la situación pintoresca de las personas que se toman el placer de estas comidas al aire libre, y cual si estuviesen en un nido, recuerda mucho al pobre Robinson y á su isla que ciertos indígenas de la Australia y de la América del Sur; pero el nombre de una poblacion salvaje no hubiera sido comprendido sino por pocas gentes, por las que hubieran tenido algunas nociones de geografía, y todo el mundo conoce la historia de Robinson.

Sobre la puerta de la casita rústica-cocina, y frente al árbol, hay un cartelón en donde está escrita esta malísima cuarteta:

Robinson, nombre querido  
A los niños y á los viejos  
Nos ofrece en nuestros días  
De la inocencia recuerdos.

Quieran decir lo que gusten estas líneas rimadas, y que quieren ser versos, preciso es que el espectáculo de que está rodeada sea de naturaleza propia á recordar las austeras y religiosas inspiraciones de la puritana novela de Foé. Difícil es pensar allí en la soledad y en la inocencia, rodeado uno de borrachos, y con el continuo ruido de los tenedores y cucharas sobre los platos, y el chocar de los vasos; y los impacientes y agudos gritos de los habitantes del árbol que piden su comida, y el continuo: *¡mozo, mozo!* y el *¡ya van, ya van!* repetidos por los dependientes y criados, hartos de alegría un poco bulliciosa de los horteras y de las modistas que allí van, y de las continuas peticiones de los músicos y músicas ambulantes, de miradas atrevidas y desvergonzadas que dan vueltas á los manubrios de los organillos, ó tocan el arpa, ó rascan la guitarra y el violín.

Muchas veces se ha observado que lo que les gusta mas á las gentes de París en el campo no es lo que debían ir á buscar en él, la paz y el silencio, sino la bulla; y así no van á él sino con la espresa condicion de llevar consigo el ruido de que afectan alejarse al salir de la capital. Si este ruido les faltase no se divertirían, echarían de menos alguna cosa, la barahunda de las calles. Así es, que en el campo se buscan, se reúnen, se apiñan los unos á los otros, y no están contentos ni alegres sino cuando hay una trapisonda de gritos, de voces, y de risas, en una palabra, un París en miniatura. Así es que el fondín de Robinson ha dado al bosque de Aunay, una boga, un renombre, una fama, una celebridad que en vano hubiera ambicionado si no hubiera tenido mas atractivos que su soledad, la frescura de sus sombras, y el canto de las aves. Su grande éxito, su fortuna se la debe al castaño-fonda, el cual ha escitado la envidia y la emulacion de todo el bosque. Hace un año ó dos que por los alrededores, las gentes se han echado á buscar con febril ardor ár-

boles grandes y gruesos, á ver si encontraban otros que pudiesen sostener una mesa con ocho ó diez convidados para trasformarlos en otros tantos Robinsones; pero hasta ahora el castaño-Robinson permanece sin rival.

En el espacio de una legua se encuentran las lindas poblaciones de Aunay, el valle en que Chateaubriand escribió sus famosos *Mártires*, el campo de las fresas y de las rosas, los viñedos de Chateaufort donde nació Voltaire, los bosques y los estanques de Plesis-Piquet; y despues por unas largas calles de álamos se vuelve á la poblacion de Sceaux, donde aun se conservan los bellos recuerdos de la brillante corte de la duquesa de Maine, y de la dulce beneficencia del duque de Pentieuvre.

FERNANDO BELTRAN.

CAMPOS DE FUEGO.—El gas hidrógeno tiene entre otras propiedades la de inflamarse cuando se halla rodeado del aire atmosférico: hay cavernas, grutas, subterráneos en que se hallan materias que, siendo descompuestas por algun agente, producen ese gas, que es el mismo de que nos servimos para iluminar y alumbrar hoy las calles, y que se inflama.

## EL NOVIO DE VARNA.

Cualquiera que haya viajado por Irlanda, debe haber observado la particular disposicion de los campesinos para trabar conversacion con cuantos encuentran; vaya uno solo ó acompañado, que se camine á pie ó á caballo, que sea uno de carácter comunicativo ó reservado, los campesinos irlandeses no lo abandonan hasta saber algo de lo que quiera tener reservado. Si vais á caballo se apoderan de la brida de la cabalgadura, y por el estado del animal y de la montura saben calcular con gran exactitud la jornada que habeis hecho y el estado probable de vuestra fortuna. Vais á pie, el corte de vuestro traje, vuestro andar ágil ó cansado, la mochila del turista ó el baston del visitador, son para ellos otros tantos indicios que se guarda bien de olvidar. Para asegurarse de sus conjeturas, os acompañan fielmente hasta el término de vuestra escursion. Solo la noche puede sustraeros de esta infatigable curiosidad. Así que nada les queda por averiguar, se alejan al fin, y despues de haberse procurado el placer de observar, van á procurarse el de comunicar sus observaciones á sus familias y amigos.

En una húmeda tarde del mes de marzo, un hombre de buen aspecto y elevada estatura, á caballo y envuelto en una cumplida capa, acababa de llegar á la altura de una colina del condado de Tipperary en Irlanda. Mientras dejaba resollar su cabalgadura un poco, y miraba la vasta llanura cubierta de neblina, al volverse reparó en un hombre que le seguía como su sombra desde la ciudad de Ballymore; es decir, durante una jornada de ocho millas irlandesas. Mas de veinte veces trató el perseguidor de trabar conversacion con él; pero habia siempre eludido sus proyectos, bien fuese efecto de sus humos aristocráticos, bien porque el estado de Irlanda en esta época aconseja-



ba guardar una prudente reserva con personas que no se conocían. En efecto, además de las facciones que dividían el país, tales como las de los *Harrigs* y los *Commins*, una banda misteriosa al mando de cierto capitán Rock, llevaba el asesinato y el incendio á los palacios y á las granjas, y se entregaba á los actos mas abominables. Los *rockistas* ó los *whiteboys* (1), como mas comunmente los llamaban, encontraban secretas simpatías entre los campesinos irlandeses, pues no hacían la guerra sino á los nobles y á los ricos, con especialidad á los que pertenecían á la iglesia anglicana. Sus correrías, que solo tenían lugar de noche, eran cubiertas del mas impenetrable misterio; el sol al levantarse sobre el horizonte iluminaba una escena de saqueo y de incendio, una horrible venganza y á veces un alto acto de justicia. En cuanto á los actores invisibles de semejantes atentados, habían desaparecido, confundidos entre la multitud, se envalentonaban para nuevos crímenes por la impunidad, y por no sé qué especie de salvaje patriotismo que la opresión coloca en el fondo del corazón de un pueblo tratado como vencido.

Sin duda estas circunstancias motivaban la circunspección del caballero, que se hallaba harto justificada por el aspecto del individuo que se obstinaba en seguirle. Este era un joven de unos veinte y cinco años, de mediana estatura, miembros atléticos, anchas espaldas y cuello como de un toro; sus facciones eran duras, su boca que denotaba instintos feroces tenía cierta expresión de bajeza medio disimulada por la parte superior de su fisonomía, ó mas bien que la atención del observador era distraída por una ancha frente y por ojos de brillo y movilidad extraordinaria. Era manco de su brazo derecho, como lo indicaba la manga vacía de su chaqueta; pero como para compensar este defecto llevaba en su mano izquierda un fornido garrote, llamado vulgarmente *wattle* (2), y cuya cachiporra estaba herrada. El aspecto de esta arma mortífera, prohibida por los reglamentos de policía, no tenía nada de consolador, pero parecía que al irlandés importaba poco el efecto que causase. Vestido como lo están de ordinario los campesinos, y con una gorrilla de piel de zorra que tenía rodeados varios aparatos de pesca, iba descalzo unas veces trotando con agilidad y otras á largos pasos, y para andar con mas comodidad había remangado por cima de la rodilla sus pantalones.

Echó el caballero sobre tan extraño compañero una mirada rápida y penetrante, que le desconcertó á pesar de su impudencia, tocó cortesmente la visera de su gorrilla, y le dijo que sabiendo á dónde se dirigía su señoría, tendría á gran honor el enseñarle el camino.

—¡Hola, hola! respondió el caballero poniendo al paso su caballo, y como si una sola mirada le hubiese bastado para juzgar á su hombre. Si no lo lleva vd. á mal, ¿cómo sabe usted á dónde me dirijo? ¿Quién ha podido darle tan buenos informes?

—¡Uf! ¡por vida de las brujas! Eso no era muy difícil: ¿no he visto esta mañana en Ballimore á su señoría conversar y reír con el reverendo padre Mick? ¿No era esta una señal de que le volveríais á encontrar esta noche, si queríais asistir á una boda irlandesa? y luego ¿no he debido pensar que ven-

dríais á las bodas de Hugh de Lawlor? El padre Mick estará allí, así como la mitad de la parroquia... Mirad, añadió sin inquietarse por el efecto de su explicación, mirad allá, á unas dos millas; desde aquí puede verse el humo que se eleva sobre la casa de Davy Nugent. Isugh el Lawlor va á casarse con Miss Ellen, y los jóvenes de Eliogarth se alegran de que por fin haya vuelto.

—Y los jóvenes de Eliogarth, replicó el caballero con una de esas miradas penetrantes que parecen escrutar hasta lo mas recóndito del alma, los jóvenes de Eliogarth llevan todos en la mano para celebrar la vuelta de un amigo junquillos como el vuestro?

El irlandés hizo el molinete sobre su cabeza con su garrote acompañándolo de una sonrisa atroz.

—¡Uf! respondió, ¿qué quiere su señoría que hiciera yo en el país sin mi *wattle*? ¿No voy á encontrarme entre los *commins* y yo no soy un *harrig*? A pesar de todo, ahora que el señor Hugh ha vuelto y va á casarse con una *commin*, tendremos según colijó una especie de paz.... Deme su señoría la brida; guiaré fácilmente la bestia y evitaréis las muchas piedras de que está sembrado este pedazo de camino.

—¡Eh! amigo, soltad esa brida, gracias por la oferta; decidme mas bien que negocio tan importante ha tenido lejos de este condado al señor Hugh.

—Tiene razón su señoría, por mi parte estoy seguro de que el animal vale bien su precio.

—Creo que no me habeis comprendido. Os pregunto por que ese á quien llamais Hugh el Lawlor ha estado ausente del país.

El irlandés, que aparentaba un aire estúpido, echó furtivamente una mirada sospechosa sobre el preguntón, y guardó silencio un instante.

—¡Pst! respondió por fin. Eso es lo que yo no sé tampoco á punto fijo; ¡se han dicho sobre el particular tantas cosas! Hugh y miss Ellen se amaban desde la niñez, pero como ella era *commin* y él *harrig*, sus dos familias vivían en guerra abierta. Hugh no tenía padre ni madre, era dueño de sus acciones. Poseía hermosas tierras, y nada podía estorbarle el ir hacia el lado de Varna; allí es donde vive Davy Nugent. Además Hugh es un sabio, estudió en el colegio de la Trinidad, y miss Ellen, pobre joven, se moría de amor por él; amenudo se veían de noche, sin que su familia lo supiese, hasta que por fin Tom Nugent su hermano los sorprendió. Mal negocio fué aquel. El Lawlor quería retirarse pacíficamente, pero Tom que estaba armado de un baston de estoque, dijo á Hugh que era de la banda del capitán Rock y que andaba de noche con los *whitiboy*s. .... Cuidado, señor, el caballo quiere encabritarse.... quieto.... chiquito.... quieto.... ¿Quereis que le lleve del freno?

En efecto el caballo, que el jinete había tocado con la espuela, tal vez por descuido, había pegado un bote impetuoso. Dió por segunda vez gracias por su oferta al irlandés que continuó su relación.

—Pues bien, nadie sabe lo que entre ellos pasó, pero Tom Nugent fué encontrado tendido en tierra y atravesado con su misma espada. Mucho tiempo se creyó que no escaparía; su curación fué lenta y difícil. El Lawlor había abandonado el país. Mistres Nugent que estaba á las últimas, amenazó con su maldición á su hija si volvía á pensar en él. Otro partido muy ventajoso se presentó entretanto; pero

(1) *Whitiboy*s, palabra compuesta inglesa que significa jóvenes blancos.

(2) *Wattle*, palabra inglesa que significa zarza.



por una causa ó por otro tuvo que desistir. Luego que murió mistres Nugent, y viendo á miss Ellen tan enferma de cuerpo como de alma, próxima á seguirla el padre y el hermano no quisieron dejar morir á su vista á una hija única, rica heredera, una señorita educada en el convento de Thurles y así perdonaron.—A poco murió Tom de consunción ó de resultas de su herida y Ellen quedaba solo para cuidar del viejo Davy Nugent. Pronto el Lawlor volvió á Varna, y su señoría y yo, Dios mediante, asistiremos esta dichosa noche á los desposorios.

El ginete dejaba hablar al irlandés sin interrumpirle, bien porque tomase interés en su relacion, bien porque le conviniese mejor escuchar que hablar.

—Y los harrigs, preguntó para reanudar la conversacion, ¿qué dicen de esta boda? ¿Hugh sigue siempre bien con ellos?

A esta pregunta, cambió completamente la fisonomía del irlandés, una salvaje espresion de odio pasó por sus labios, sus ojos brillaron de cólera; mas viéndose espiado se repuso al instante.

—¡Bien con ellos! respondió, seguramente que lo está. Se asegura que Hugh no tiene compañero en el condado para correr, arrojar una piedra ó cualquiera otra cosa.... Podría sin embargo encontrarse quien le sobrepujase y que á pesar de ello no están tan orgullosos.... ¡Oh! ¡Señor, señor! mirad que multitud se va juntando de todas partes en Varna.

Durante esta conversacion los dos viajeros habian bajado á la llanura. Una multitud de gentes de aspecto lo mas variado se dirigían á Varna cuyas chimeneas se veían elevarse sobre una colinilla.—Arrendadores ricos á caballo y con sus respetables mitades á las ancas; jóvenes pertenecientes á esa clase dudosa, conocida solo en Irlanda y designada por el nombre de *medio señores* (*half-sirs*) notables por el corte pretencioso de sus trages azules ó verdes; vecinos pacíficos de las villas cercanas confortablemente reclinados en sus casas; mugeres y muchachos arrellanados en sus carritos entoldados con todos los arreos de rústica toilette; toda esta gente como aseguraba el irlandés, iban á la fiesta.

Entre los pedestres viajeros se notaban dos ó tres parejas de *boccoghs* ó mendigos ciegos que chillaban por turno sus lamentables súplicas. Sus gritos y la vista de sus dolencias, ciertas ó fingidas, excitaban la compasion de las mugeres; en cuanto á los hombres parecia que les hacian muy poca mella. El irlandés que parecia conocer á cuantos pasaban y ser él de todos conocido, manifestaba un soberano desprecio por aquellos *boccoghs*.

—¡Hola! los gritaba, maldita sea vuestra música, y permitidme Dios que os quedeis ciegos de verdad. Ya cantareis en otro tono esta noche, cuando ocho ó diez vasos de ponche os hayan aclarado los ojos... ¡Ah!... Juan Baile, ¿ya estais aquí?... Seguro estaba de veros divertir esta noche en la boda del Lawlor... Padenna-Piperag ¿cómo vamos?... ¡Uf, cuánto vais á tener que bregar esta dichosa noche!... Kantheu, querida mia, tened cuidado de la gaita de vuestro padre, y separad de él mientras toque á los muchachos... y la cerveza! ¿me entendeis?... ¡Eh! por Dios, mirad á los *commins* que llegan. ¡Y sale uno á presentarles la mano en signo de amistad... y vive Dios es Hugh el Lawlor el que lo hace!...

Al dirigir el irlandés estas frases á derecha é izquierda, era á su vez tambien interpelado con frecuencia... ¡Ah!... Bush, ¿ya estais aquí?... ¡Bravo! Bush, ¿qué negocios os traen por aquí?... ¡Apuesto, Bush, que se trata de algun mal negocio!...

Bush contestaba chanceándose; pero su alegría no provocaba la de sus conocidos. La mayor parte se le acercaban con frialdad por no decir que con temor.

Así fué como el ginete supo el nombre de su compañero de camino. Esta nueva pareció volverlo aun mas reservado y circunspecto, se subió mas el embozo de su capa y se circunscribió á su papel de espectador.

El sitio de la fiesta estaba cercano; un sendero cercado de zarzos y espinos negros guiaba los viajeros á una ancha barrera de entrada y allí tenian enfrente á Varna y sus dependencias. Varna era un edificio irregular, antiguamente solo tenia un piso, posteriormente le habian añadido otro y á mas un tejado de pizarra. Una ó dos platabandas sembradas de flores debajo de las ventanas, una clemátita y una madre-selva enredadas por cima de la puerta, denotaban que una mano femenina se ocupaba allí del cuidado de adornar esta morada sombría y triste. Como en todas las granjas irlandesas, los establos, cuadras, cocheras y la habitacion de los amos, formaban los tres lados de un cuadro que estaba empedrado y á cuyo extremo se hallaban hacinados los aperos de labranza, á fin de que quedase espacio á los bailarines.

Varna ofrecia el aspecto mas animado y ruidoso; los gritos de alegría, las carcajadas, los acentos de la música se mezclaban en un ruido que ensordecía.

Los huéspedes pertenecientes á las clases inferiores se colocaban en mesas preparadas para ellos en los edificios laterales; mientras que los personajes de mas distinguido rango eran introducidos en el edificio principal y recibidos por el amo de la casa. Aunque el caballero no era conocido ni de Davy Nugent ni de su hija, como venia bajo los auspicios del reverendo padre Mick fué acogido con consideracion y conducido á una pieza mas retirada donde se hallaban los mas encopetados de los convidados.

El héroe de la fiesta acudió á recibir al nuevo huésped y le presentó á su prometida. Pocas palabras mediaron entre el Lawlor y él; pero algunas miradas cambiadas furtivamente, la deferencia y la galantería de Hugh habria revelado á cualquier observador que, aunque quisieran hacerlo creer, no eran desconocidos. En cuanto á Tom Buch se habia confundido en los corrillos de sus amigos los harrigs.

Entre esta turba de campesinos y gente de las ciudades, tres personajes contrastaban notablemente con los que les rodeaban; uno era el caballero de que nos venimos ocupando, otro el Lawlor, y por último Miss Ellen Nugent.

Aunque el primero ponía todo su cuidado en pasar desapercibido, sus notables facciones, cierta autoridad en la mirada y la voz que dan la costumbre del mando, sus maneras fáciles y elegantes, denotaban que su rango y educacion eran superiores al de los demas convidados de Davy Nugent. En el Lawlor habia tambien algo que llamaba la atencion, era un joven de veinte y cinco años apenas y ya habia llegado á tener la fuerza y desarrollo físico que traen en pos de sí los años. Cualquiera que fuese la impresion que su aspecto producía no tenia nada de agradable. Sus facciones eran hermosas, pero á cada paso no sé que nube venía